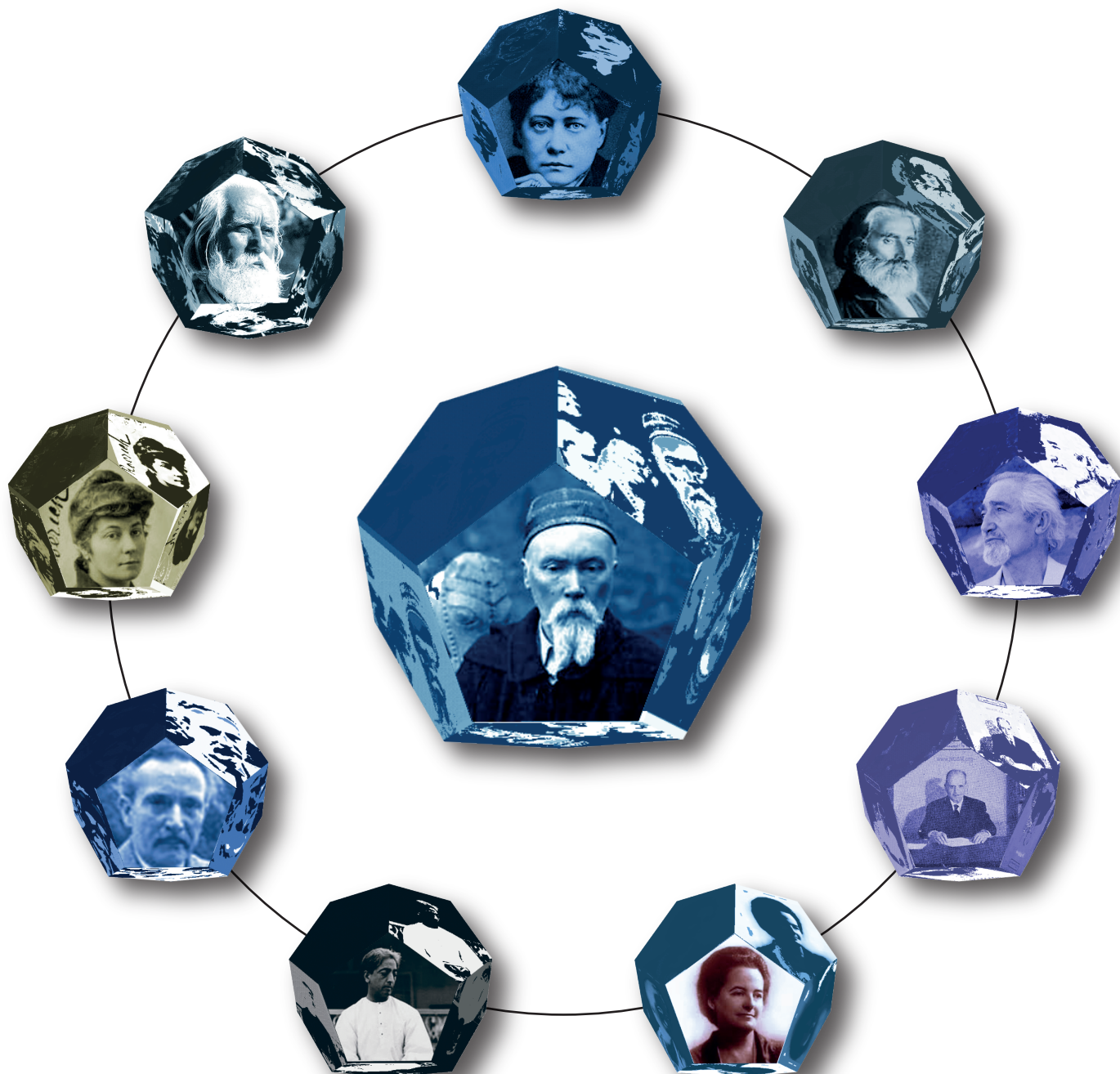


MENSAJEROS DE LA GRAN LOGIA PLANETARIA BIBLIOTECA



LA OBSESIÓN

Nicolás Roerich

LA OBSESIÓN

Nicolás Roerich

— "Todavía no puedo creer lo que me cuentas sobre las obsesiones. Puede que sólo sean un reflejo de la mente subconsciente. Pues, ¿acaso todos nosotros no oímos, leemos y vemos todo tipo de cosas durante nuestras vidas? Luego las olvidamos; pero las fisuras de nuestro cerebro retienen de alguna manera estos hechos y luego, más tarde, las revelan inesperadamente. Entonces nos parecen completamente extrañas."

Así me habló un amigo en Urga. El, siendo un funcionario, ve el escepticismo como el signo supremo de la dignidad.

Uno jamás debe insistir, ni siquiera tratar de convencer. Con frecuencia, sólo es necesario atraer la atención de otro hacia un leve incidente, y a esta señal del semáforo, toda la tendencia de la vida puede cambiar su curso. Por ello, sin insistir, nuestro amigo se enteró de algunos otros acontecimientos, cuyo tema implícito era la obsesión. Le hablaron acerca de la "rollang" tibetana: la resurrección de los muertos. Pero, por supuesto, el escéptico simplemente se encogió de hombros; no se dignó a hablar de ello.

Le hablamos acerca de un incidente en los Estados Unidos, donde una persona de gran inteligencia sostenía que su novio muerto había tomado posesión de ella, controlando toda su vida; le ofrecía consejo y le daba órdenes. De hecho, el hombre que la obsesionaba demostraba tal diferencia de su propia conciencia, que le causaba no sólo una indisposición espiritual sino también dolor físico.

Nuestro escéptico respondió que tales personas "obsesionadas" probablemente podrían engrosar en gran cantidad nuestros manicomios, y que a la luz de la ley estos incidentes de la conciencia irresponsable eran bien conocidos.

Sin embargo, esto no lo convencía en absoluto. Entonces le dijimos que, según los chinos, el Tao-tai de Khotán se había obsesionado con el Titai que él mismo había matado. Y que los chinos revelan que el asesino ha adoptado ciertos hábitos característicos del muerto y que hasta el rostro del asesino ha cambiado de forma muy peculiar en un corto período de tiempo.

El escéptico volvió a encogerse de hombros.

Pasaron varios días. Entonces, una tarde nuestro escéptico vino a visitarnos, con un aspecto algo extraño. Al parecer, algo le había dejado perplejo y estaba buscando una oportunidad para hablar de ello. Por fin, exclamó:

— "Uno escucha vuestros relatos y luego comienzan a sucederse todo tipo de extrañezas. Tras la última conversación que tuvimos con respecto a las gentes «obsesionadas», como las llamáis, fui a ver al fotógrafo chino. Está casado con una mujer buriata, muy simple e ignorante. Los conozco desde hace mucho tiempo. Noté que el chino estaba algo triste, muy cambiado, de modo que le pregunté si estaba enfermo.

— «No — me respondió —. Estoy bien, pero se trata de mi mujer. Es algo malo. No sé cómo curarla. Hace poco comenzó a hablar de las cosas más extrañas. Dice que alguien ha tomado posesión de ella, no una sola persona, sino dos simultáneamente. Sabe Dios de dónde saca esas palabras extrañas. Al parecer, una de ellas se ahogó. La otra murió por exceso de bebida. Sé que cosas como éstas suceden, porque solíamos tener muchos casos como éste en China.»

Le pedí que llamara a su mujer. Y ella vino. Siempre había sido pequeña y delgada, pero ahora se veía aún mucho más flaca. Sabéis, es una buriata muy simple, completamente analfabeta. Cuando entró, su marido abandonó la habitación. Le pregunté: «¿No vas a tomar té conmigo, tú también?»

— «No — respondió —, él me prohíbe tomar té contigo porque no crees y deseas hacerme daño.»

—»¿Quién te lo prohíbe? — le pregunté.»

— «Oh, siempre es él, el alemán.»

— «¿Qué alemán? Dime de dónde viene.»

— «Bueno — continuó ella —, uno es Adolph; el otro es Félix. ¡Están en mí desde hace tres semanas!»

—»¿Y de dónde vienen? — pregunté.»

— «Hace algún tiempo — comenzó —, un hombre vino a ver a mi marido para que le hiciera una fotografía. Era un alemán gordo, quizá lo hayas visto por la calle; tiene algún tipo de negocio. Adolph y Félix estaban con él. Cuando el alemán se fue, los dos se quedaron y se aferraron a mí. Uno de ellos, Adolph, se había convertido en culí después de la guerra de Vladivostok. Se ahogó cuando salió de un bote. Tuvieron una pelea. El otro, Félix, es también alemán, y siempre está borracho y maldice espantosamente.»

Y así siguió contándome lo que le mandaban hacer; cómo la obligaban a comer mucha carne, especialmente cruda, porque les gustaba con sangre. También le sugirieron que bebiera vino, ya que tanto les gustaba. Uno de ellos, el borracho, le susurraba todo el tiempo que se colgara o que se cortara el cuello, y que entonces podrían ayudarla a lograr cualquier cosa.

La mujer buriata me contó la clase de cosas que le decían los hombres. Al parecer, viajaron mucho en barco, en especial uno de ellos, pues debe de haber sido marino. Y es que, pensad en ello, me dio los nombres y descripciones de ciudades de las cuales no podía tener la más mínima noticia. Luego habló de barcos y usó términos tan técnicos que sólo una persona completamente familiarizada con el arte de la navegación podría conocer. No pudo explicar muchos de tales términos

cuando le seguí haciendo preguntas, pero insistió en que se los había oído a los hombres. Debo confesar que dejé al chino bastante confundido. Esta era la primera vez que oigo cosas semejantes con mis propios oídos y todo ello enlaza con los temas que habéis estado contando.

Debo confesar que tenía un deseo insaciable de ir a ver a mis amigos de nuevo, de modo que fui por segunda vez. Cuando pregunté al chino acerca de su mujer, simplemente meneó las manos desesperado y dijo que las cosas se habían puesto peor. Luego le dije que si podía volver a verla, ella misma entró en la habitación.

— «No puedo quedarme aquí contigo — me dijo —. Ellos me lo prohíben; dicen que quieres hacerme daño. Quieren que sea feliz y tú puedes echarlo todo a perder. Porque tú conoces a alguien que puede alejarlos.»

Luego, abandonó el cuarto y su marido, volviendo a menear las manos, murmuró:

— «Malo, muy malo, sin duda. Nuestro hogar se destruirá.»

Veréis, yo soy un hombre de leyes y, por lo tanto, me gusta que todo sea auténtico. Confieso que no creí los cuentos que me contasteis la última vez, pues nada parecido me había sucedido anteriormente en la vida. Pero como he oído y he visto esto por mí mismo, ya no puedo ponerlo en duda, puesto que he conocido a aquella mujer durante mucho tiempo y ahora tengo de ella una impresión absolutamente distinta.

No es que simplemente hable o diga tonterías, como sucede en casos de parálisis o patológicos como los que he visto muchas veces en mi trabajo. No, en este caso, puedo ver con toda claridad algo ajeno, que no es de ella, con una psicología decidida y característica. Pues cuando repite las frases que le ha dicho el marino, uno puede identificar con claridad las palabras de un hombre de mar de

los días próximos a la preguerra. Lo mismo sucede cuando habla el otro hombre, el borracho; se trata precisamente de uno de los vagos que la guerra arrojó a las lejanas tierras de Siberia.

A propósito — preguntó de repente el confundido escéptico —, ¿cómo se procede para desterrar estas obsesiones? Porque, cuando ella se refirió a la gente que conozco, me di cuenta enseguida de que hablaba de vosotros."

Riendo, dije al escéptico que parecía que hubiéramos cambiado los papeles, y que probablemente se reiría si yo le dijera que en estos casos de obsesión se colocan sobre la mesa trozos de carne cruda sangrante y luego se echan por todo el cuarto intoxicantes de fuerte olor. Luego todos deben abandonar la casa, y la persona obsesionada no debe regresar jamás a ella. Por supuesto, pueden utilizarse otros métodos.

El asunto me recordó un curioso episodio que sucedió en América, en el que tuve un grave desacuerdo con los espíritus. Me pidieron que viera algunas pinturas que supuestamente había hecho una mujer obsesionada. Hasta aquel momento, la mujer no sabía nada sobre arte y jamás había tocado un pincel. Vi una serie de pinturas extrañas, obviamente pintadas con diversas técnicas y por manos diferentes.

En un mismo lienzo, se podía ver la técnica característica de un impresionista francés y junto a ella, una técnica japonesa igualmente clara. Aquí también había templos egipcios con un toque romántico decididamente alemán. Por consiguiente, hice notar a la artista que me parecía raro que estilos tan variados estuvieran juntos en un solo lienzo, sin absolutamente ninguna coordinación. Pero la artista declaró que la pintura no había sido hecha de esta manera en forma accidental, pues los espíritus que la guiaban eran, en efecto, de diversas nacionalidades. Entonces observé que esta mezcla técnica no contribuía a una

integridad de la obra. La artista reflexionó durante un largo rato y luego dijo con brusquedad:

— "¡Encuentran que así está muy bien!"

Mantuve mi opinión, y los espíritus, de una manera brusca y agitada, persistieron en su propio deseo de que la pintura se quedara como estaba. A ello siguió una discusión con los espíritus que continuó con algún vigor...

— "Yo no sé nada de tu episodio americano — interrumpió el escéptico — . Pero después de todo lo que he visto y oído, considero que es absolutamente posible. Sin embargo, no me gustaría dejar a la mujer buriata en su actual situación. Creo que debería volver allí e intentar tomar algunas medidas."

Intenté explicar al escéptico que con su completa ignorancia del tema, sólo haría daño a la mujer, y que podría fácilmente llevarla al suicidio o a que tomara otras medidas extremas. Finalmente, intercambiamos los papeles por completo. Intenté disuadir a mi amigo de que dejara sus visitas al chino, mientras él, como un borracho que huele a vino, comenzó ingeniosamente a inventar toda clase de excusas para continuar con esta aventura... Era extraño ver cómo el viejo abogado, tan formal hasta hacía bien poco, intentaba ahora encontrar cualquier pretexto decentemente posible para justificarse y demostrar lo necesario que eran sus visitas al chino. Naturalmente, no descuidó a la pobre ciencia: debía continuar con sus excursiones en nombre de ésta. Y de nuevo, sería en nombre de la ciencia que habría que advertir a la humanidad. Sin embargo, detrás de todas estas importantes consideraciones, se revelaba con claridad un instinto que despierta de repente al conocimiento de mundos invisibles.

La mujer del escéptico, que también estaba presente y que previamente me había defendido, ahora insistía en que disuadiera como pudiera a su marido de la excursión, pues durante los últimos días sólo había hablado de la mujer buriata y

los alemanes. Finalmente, el antes escéptico dio su palabra de abandonar el asunto, después de asegurarle que si miraba a su alrededor vería muchas cosas mucho más significativas.

Al irse, de repente me sugirió que le acompañara sólo una vez para ver a una bruja mongol.

— "Sabes, es la misma mujer que predijo a Ungarn (Probablemente este "Ungarn" podría ser Ungern von Stenberg, el llamado "dios de la guerra", émulo de Gengis Khan, que con su División Asiática de Caballería ruso-mongola combatiera por igual a los chinos y a los bolcheviques durante la "guerra blanca" contra la «revolución roja» de Rusia (N. del E.) el día de su muerte y todo su futuro inmediato, lo cual le había cumplido al pie de la letra. Ahora vive cerca de aquí."

Me negué a visitar a la hechicera, pero me pregunto a el escéptico no iría a verla por sí mismo.

Como sucede siempre, una conversación inusual no termina de repente. Apenas se hubo ido el escéptico de nuestra casa, llegaron otros dos visitantes. Uno de ellos, un mongol local, era muy educado y había vivido en el exterior. El otro, un ex oficial, había servido durante la guerra. La conversación comenzó con algunos temas sin relación alguna. El mongol hablaba de la riqueza natural de Mongolia, donde el petróleo mineral fluye en forma de arroyos surcando el desierto y donde los ríos acarrear un oro inagotable. Luego, al describir las regiones del oro, añadió en el mismo tono narrativo tranquilo:

— "Y aquellos chinos asesinados no nos permitieron dormir durante todo el tiempo que nos quedamos en las minas."

—¿Pero cómo podían los muertos perturbar su sueño?

— "Aquéllos eran los chinos asesinados durante los levantamientos, después de la guerra y la revolución."

— Veamos un momento, ¿cómo gente, a la que han matado hace tanto tiempo, podría impedirles dormir?

— "Exactamente paseándose por allí, hablando, vaciando las cenizas de sus pipas y armando un estrépito con los cacharros."

— Con toda certeza, está usted bromeando.

— "No — fue la seria respuesta —. No podíamos verlos pero los oímos durante toda la noche. Muchos de ellos habían muerto allí y, como dice la gente, fueron asesinados por sorpresa. Se fueron a dormir aquella noche, sin sospechar un ataque. Siempre sucede de esta manera; la gente que es asesinada inesperadamente no puede abandonar sus hábitos cotidianos. Los chinos son especialmente así. Aman su tierra y sus casas. Y cuando las personas están apegadas a sus posesiones terrenales, siempre les resulta difícil dejarlas atrás." (Con esta seriedad habló el mongol.)

El oficial que hasta entonces había permanecido en silencio, añadió:

— "Sí, con los chinos esto pasa con frecuencia. En Mukden hay una vieja casa en la que nadie quiere vivir.

Un chino fue asesinado allí y no deja que nadie viva en paz. Cada noche grita como si lo estuvieran matando otra vez. Una vez quisimos verificar este rumor y fuimos allí para quedarnos toda la noche. Pero a eso de la una, notamos una brillante esfera azul que descendía de la planta alta por la baranda de la escalera. Fue suficiente para nosotros, lo admito, de modo que nos largamos.

Pero ahora recuerdo otro caso que sucedió durante la guerra cerca de la frontera prusiana. Todo el efectivo se había detenido a pasar la noche en una

pequeña cabaña. A la medianoche, de repente, todos nos despertamos al mismo tiempo, cada uno gritando algo acerca de caballos. Un hombre gritó:

— «¡Quién trajo los caballos aquí adentro!»

Otro rugió:

— «¡Mirad cómo escapan los caballos!»

También yo me desperté, y en la oscuridad, cerca de mí, vi pasar algunos caballos, como en un destello; relinchaban como si estuvieran aterrorizados. Los guardias apostados afuera no habían oído nada. Pero por la mañana descubrimos que nuestra manada de caballos había sido volada por una bomba."

De allí en adelante el mongol se mostró más animado y confirmó lo anterior:

— "También yo he oído algo sobre animales invisibles. Fue en la yurta de nuestro chamán-hechicero. El chamán invocó a los poderes inferiores de los elementos, y todos pudimos oír el galope y los relinchos de manadas enteras de caballos; pudimos oír el vuelo de bandadas enteras de águilas y el silbido de innumerables serpientes dentro de la yurta... Debería usted hablar con nuestro ministro de la Guerra. Predice el futuro y podría contarle numerosas cosas insospechadas."

— ¿Pero por qué piensa que son insospechadas?

— "Bueno, me he acostumbrado a pensar que todos los extranjeros consideran que nuestros habituales incidentes son extremadamente extraños..."

Ulan Bator Khoto, 1927